

Conrad Mason

EL REGALO DEL GOBLIN



Cañones, hechizos, engaños... y sirenas

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Traducción: Ana H. de Deza
Título original: *The Goblin's Gift*

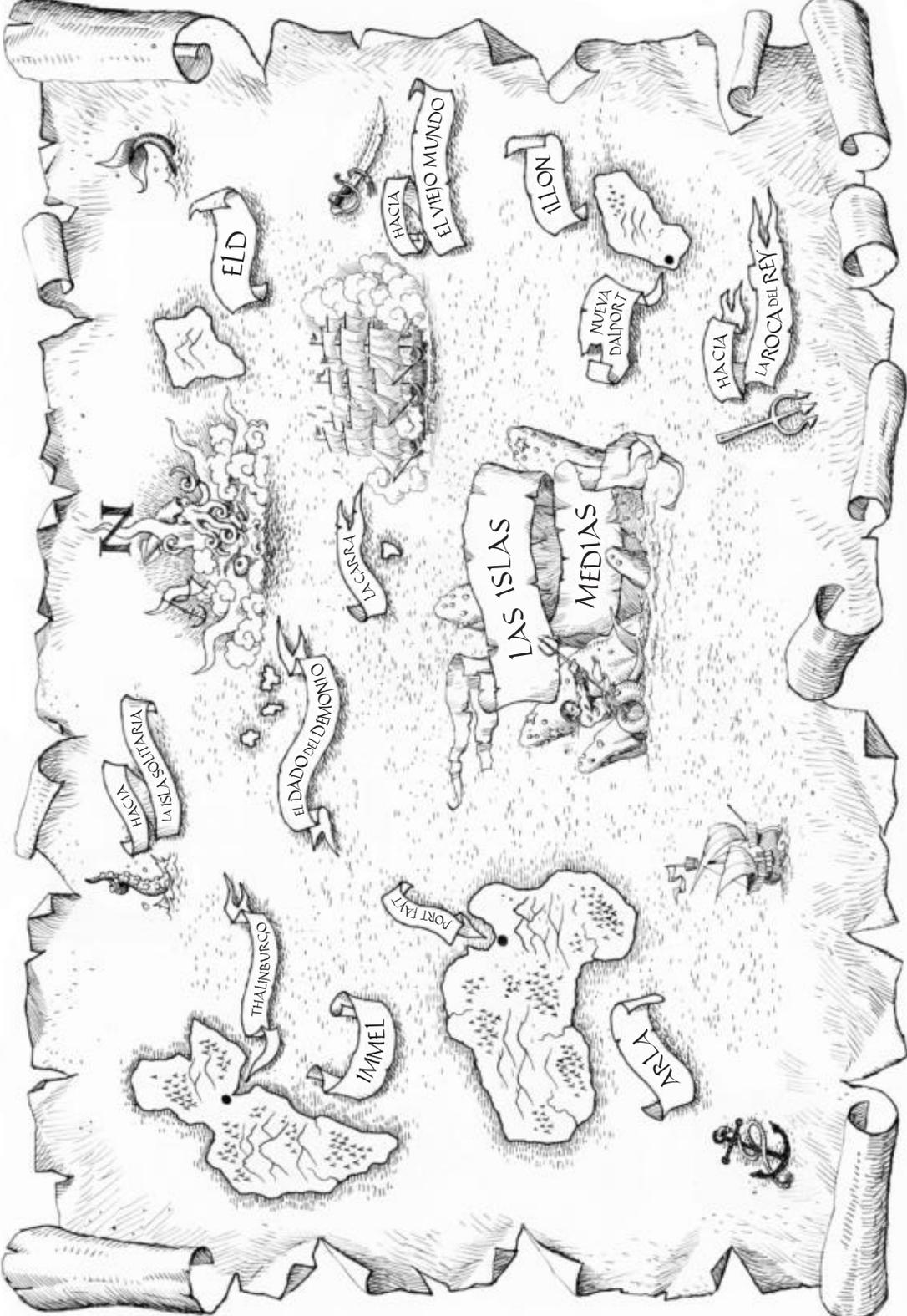
Publicado originalmente por David Fickling Books.
Todos los derechos reservados, incluido el derecho
de reproducción total o parcial en cualquier medio.

© del texto: Conrad Mason, 2013
© de la cubierta e ilustraciones: David Wyatt, 2013
© Ediciones SM, 2013
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Mark y Verity



EL D

HACIA
EL VIEJO MUNDO

ILLON

HACIA
LA ROCA DEL REY

N

HACIA
LA SULTANA

HACIA
EL DADO DEL DEMONIO

HACIA
LAS ISLAS
MEDIAS

HACIA
LA SULTANA

THALINBURCO

IMMEL

PORT PAT

ARLA



PORT FAYT



MANSIÓN
WYRMWOOD



LA SIRENA
COJA



FARO

MUELLES

BARRIO DE MARLINSPIKE

BARRIO DE
CROSSTREE

PASTELERÍA BOOTLE

BARRIO DE
FLACSTAFF

PLAZA DE THALIN





No disfruta provocando dolor.
Disfruta infundiendo miedo.

Se sube los anteojos con el pulgar y el índice e inspecciona a la criatura que se retuerce encima de la mesa. Está clavada a una tablilla de madera; tiene las alas atravesadas con acero de Azurmouth para impedir que escape del oscuro camarote.

Es un hada hembra. **Daemonium volans**. Un vástago del demonio. Le fascina su forma grotesca de luchar, cómo intenta levantar las alas pinchadas con los clavos, cómo suplica y le ruega que la deje marchar. Le resulta repugnante.

—¡Le diré todo lo que quiera! —chilla—. Por favor. ¡Se lo juro!

—¿Todo? ¿De verdad me contarás todo lo que quiera?

—Sí, señor —contesta la criatura con un brillo de esperanza en los ojos—. He pasado toda mi vida en Port Fayt, señor; he visto muchas cosas, se lo aseguro. Deme una oportunidad.

El duque de Garran se inclina hacia delante, con una mano apoyada en un pisapapeles de mármol verde. Examina a la criatura y se fija en sus alas, que sobresalen del sucio vestido a través de unos agujeros. Es repugnante. Antinatural.

—¿Y qué puedes saber tú que me sea de utilidad?

—He visto su flota, señor. La flota faytana. Le puedo hablar del ejército, le puedo decir qué armamento tiene. Le puedo contar todo lo que quiera sobre el gobernador Skelmerdale. Le puedo decir... Puedo... —la voz del hada se va apagando y el brillo de esperanza desaparece de sus ojos.

—Pongamos que me cuentas todo eso. ¿De qué me serviría? ¿De verdad piensas que los faytanos tienen alguna posibilidad de derrotarnos? No, querida. Me temo que no me resultas útil.

—Pues entonces mátame. No tengo miedo.

Deja de debatirse, cruza sus brazos diminutos y le mira fijamente. Su cuerpo brilla débilmente contra la tablilla de madera.

El duque enarca las cejas: no se esperaba esta reacción, este alarde de valor en una criatura tan despreciable. Aunque parezca imposible, en ella no queda ni rastro de miedo, de ese miedo que tanto le gusta provocar al duque.

—Estoy impresionado —admite—. Muy impresionado.

Llaman a la puerta.

—Adelante.

El sol de la mañana inunda el camarote y un marinero con casaca blanca entra agachando la cabeza.

—Su ilustrísima, hemos avistado un barco a estribor. Es una corbeta, pero no lleva izado ningún pabellón.

El duque se queda pensativo unos instantes y después asiente.

–Muy bien. Enseguida me ocupo del asunto.

Recoge el tricornio que había dejado en la mesa y el hada se estremece.

–No te preocupes –le dice el duque–. Me has demostrado tu valentía; veo que ya no tienes miedo, y eso es bueno. Eso es muy bueno.

La esperanza regresa a los ojos del hada. Delicioso. Con un rápido gesto, el duque de Garran levanta el pisapapeles de mármol y lo deja caer.

Una vez.

Dos.

Tres veces.

Al hada ni siquiera le da tiempo a gritar.

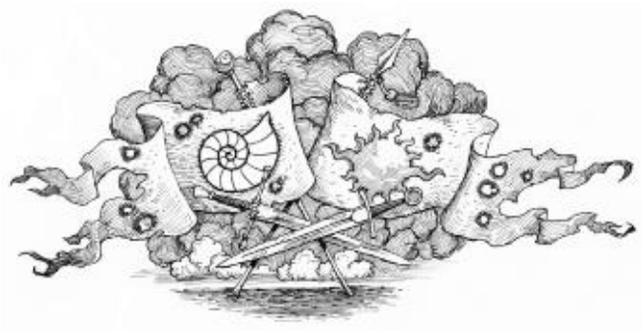
El duque se vuelve hacia el marinero.

–Mande a alguien que limpie mi mesa –ordena.

PRIMERA PARTE

La armada





Capítulo 1

Joseph Grubb se agarró a las jarcias y apretó las maromas con tanta fuerza que las manos le ardieron.

—¿A qué esperas? —le gritó Tabitha desde la cubierta.

Rechinó los dientes y prosiguió el ascenso, esforzándose por no pensar en nada más que en subir: pie izquierdo, mano derecha, pie derecho, mano izquierda. *Venga. Tú puedes.* Cuando trabajaba con su tío en La Sirena Coja, le tocaba trepar todos los días por la escalera de la despensa, y hacía dos semanas incluso se había subido a los tejados del barrio de Marlinspike persiguiendo a un gato. En ese instante estaba subiendo hasta la cofa de una corbeta, balanceándose en las cuerdas a más de treinta yardas de la cubierta; estaba tan alto que las personas parecían escarabajos de colores. Tan alto que...

Tragó saliva.

Esto no ayuda.

Se detuvo, jadeante y con la frente perlada de sudor. En el brazo derecho, sobre su piel de mestizo moteada de

rosa y gris, lucía un tatuaje reciente: un tiburón azul retorcido, la marca de los vigilantes de la Liga. No acababa de creerse que formara parte de la Liga del Tiburón, aunque la prueba estuviera allí, delante de sus ojos. La Liga: protectores de Port Fayt, azote de los filibusteros del océano, siempre dispuestos a atrapar a los malhechores.

O a las empanadillas de la señora Bootle.

La idea le hizo sonreír y reanudó la subida.

La cofa ya no estaba muy lejos; el catalejo que llevaba en el bolsillo derecho de los pantalones se balanceaba y compensaba el peso del sable que llevaba al cinto, en la cadera izquierda. El capitán Newton se lo había regalado el mismo día en que recibió su tatuaje. El guardamano era de bronce macizo y la empuñadura estaba forrada de cuero aceitado y suave; la hoja tenía grabada la figura de un pequeño tiburón y la palabra GRUBB.

Verla había despejado todas sus dudas: su pasado como mozo de taberna había quedado definitivamente atrás.

—¡Espabila, mozo de taberna! —gritó alguien desde la cubierta.

Joseph bajó la vista. El estómago le dio un vuelco al ver la altura a la que se encontraba, pero logró distinguir la figura distante de Phineus Clagg, contrabandista de profesión y capitán de *La Pesadilla del Marrajo*. Clagg hacía bocina con las manos; su melena y su sucia casaca ondeaban al viento.

—¡Venga! ¡Que no tenemos todo el día! —insistió.

Debajo de Grubb, entre las jarcias, Tabitha sacudió su melena azul y giró la cabeza.

—¿Y por qué no subes tú aquí? —le gritó—. ¡Ah, espera, se me había olvidado: estás demasiado gordo!

Joseph no esperó a oír la respuesta del contrabandista: cerró los ojos y continuó ascendiendo. *Pie izquierdo, mano derecha, pie derecho, mano izquierda*. Cuanto más subía, más daño le hacía el viento en la cara y más fuerte tenía que agarrarse a las maromas. Pero no podía detenerse ahora. Si se echaba atrás, Tabitha se lo recordaría hasta la saciedad.

Abrió los párpados y sus ojos empezaron a lagrimear de inmediato. Un último esfuerzo... *Pie derecho, mano izquierda*... Por fin había llegado; se impulsó por el hueco y se dejó caer en la cofa. Se quedó allí durante un instante, resollando, mientras Tabitha alcanzaba la cesta del vigía.

—¿Qué te pasa? —le preguntó dándole una palmada en la espalda—. ¡No me digas que tienes vértigo!

Tabitha intentaba hablar en tono alegre y despreocupado, pero Joseph no se lo tragó ni por un segundo: su amiga tenía los ojos desorbitados y la tez de color verdoso.

—Tienes que admitir que estamos muy altos.

Ella iba a discutirsele, pero terminó por sonreír.

—Supongo que tienes razón.

Joseph le devolvió la sonrisa; Tabitha se hacía la dura, pero siempre era simpática con él. Bueno, casi siempre. A veces le pedía que le hablara de su antigua vida, cuando trabajaba en la taberna de su tío, o de cuando era pequeño y sus padres aún estaban vivos. No hablaba mucho de sí misma, pero parecía disfrutar escuchando hablar a Joseph de su antiguo hogar, la casita con la puerta verde. A él también le gustaba tener a alguien con quien compartir sus recuerdos.

—¡Venga! —gritó Tabitha señalando el océano—. ¿A qué esperas?

Grubb se incorporó y se agarró a la barandilla delantera, intentando no pensar que en los otros tres lados de la cofa no

había nada más que una caída en picado hasta la cubierta. A lo lejos, entre las brillantes aguas del océano Ébano, se elevaba Illon, la más oriental de las islas Medias: una difusa joroba verde como el lomo de una serpiente marina. El puerto más grande estaba repleto de barcos anclados, con las velas plegadas y banderas blancas en todos los palos. Las corbetas se alineaban en los flancos, y en el centro de la flota se encontraban los buques de guerra, los galeones y las fragatas.

Justo en el medio había un navío que solamente podía pertenecer al duque de Garran. Destacaba por encima de los otros como un castillo, y su pabellón era tan grande que incluso a esa distancia Joseph distinguió el bordado del sol dorado. Era el mayor barco que había visto en su vida; en realidad, la flota también era la mayor que había visto en su vida.

Sacó el catalejo y echó una ojeada. A bordo de algunos de los barcos más cercanos se veía movimiento: marineros de la Alianza equipados con uniformes blancos y bayonetas relucientes. Todos eran humanos, por supuesto. La Alianza de la Luz había venido desde el Viejo Mundo con un único propósito: destruir Port Fayt y a todos sus habitantes, ya fueran elfos, trolls, hadas... o mestizos, evidentemente. El hecho de ser medio humano no iba a salvar a Joseph, cuando su otra mitad era goblin.

—Déjame mirar —exigió Tabitha arrebatándole el catalejo—. Se supone que hemos subido para recoger información, no para quedarnos pasmados con la boca abierta. Para eso es esta expedición, ¿recuerdas? Para encontrar la forma de derrotar a ese montón de cagarrutas de morsa de la Alianza cuando volvamos a Fayt.

Joseph la observó de reojo mientras ella miraba por el catalejo, con la melena azul recogida en una coleta para que no le molestara el viento. Como él, vestía una casaca de vigilante, pero además llevaba al hombro una bandolera de cuchillos arrojadizos. La mayor parte del tiempo Tabitha era agradable, pero a veces Joseph tenía la impresión de que le caían mejor sus cuchillos que las personas. Aunque, a decir verdad, era la primera chica que conocía de cerca; puede que fueran distintas a los chicos.

–No –dijo Tabitha.

–¿Qué?

Tabitha bajó el catalejo sin dejar de mirar al mar. Tenía la cara aún más verde y los ojos más desorbitados que antes.

–No, no, no. ¡Mira!

Joseph escrutó la armada de la Alianza. Tardó unos segundos en darse cuenta de lo que sucedía, pero cuando lo vio se le heló la sangre. Los tres barcos más cercanos acababan de separarse de la flota y se dirigían hacia *La Pesadilla del Marrajo*. Parecían fragatas, buques de guerra. Rápidos.

–Nos han visto –murmuró Tabitha; se asomó por un lado de la cofa y gritó con todas sus fuerzas–: ¡Media vuelta! ¡Se acercan tres fragatas de la Alianza!

Joseph tragó saliva.

–¿Eso significa que...?

Tabitha suspiró con fuerza.

–Sí, eso significa que tenemos que bajar ya. Tú primero; no quiero que me vomites encima.

Cuando descendieron, Phineus Clagg acababa de ponerse al timón. Trazó una curva tan repentina que Joseph estuvo a punto de caer de bruces, y *La Pesadilla del Marrajo*

giró en redondo, más rápido de lo que parecía posible para un barco de esas dimensiones. Tabitha y Joseph corrieron hasta la popa, esquivando a los contrabandistas que tiraban de los aparejos y berreaban órdenes. Hal y los gemelos Bootle ya estaban junto al timón; toda la Liga del Tiburón se encontraba a bordo salvo Newt y Jon, que se habían quedado en Port Fayt.

—¿Nos dará tiempo a huir? —preguntó Hal, colocándose los anteojos sin dejar de mirar el mar.

Parecía inquieto, pero aquello era habitual en él. Antes de unirse a los vigilantes, Joseph nunca se hubiera imaginado que un mago pudiera ser tan... tan nervioso.

—«¿Nos dará tiempo, nos dará tiempo?» —se burló Clagg—. Pues claro que nos dará tiempo, cuatro ojos. No hay nada de lo que preocuparse; este es *La Pesadilla del Marrajo*, el barco más...

—... rápido de todo el océano Ébano —terminaron la frase a coro Frank y Paddy, los gemelos trolls.

—Ya lo sabemos —añadió Paddy.

—Debes de haberlo repetido unas doscientas veces —remachó Frank alegremente.

Tabitha subió a toda velocidad los escalones de la cubierta de popa y miró los barcos de la Alianza por el catalejo.

—¡Están recortando distancias! —gritó—. Esas fragatas son más rápidas que un hada bien engrasada.

—Imposible... —masculló Clagg.

Le dio un largo trago a su petaca de aguardiente y luego se metió en la boca un pellizco de tabaco de mascar. Su ojo vago paseó nerviosamente por la cubierta. El contrabandista no había dado saltos de alegría ante la idea de ayudar

a los vigilantes, pero unos cuantos ducados y una mirada amenazante de Newton habían bastado para persuadirlo. Ahora debía de estarse arrepintiendo.

Joseph subió las escaleras y se unió a Tabitha. Casi se quedó sin aliento al divisar las fragatas. Se encontraban mucho más cerca de lo que esperaba: surcaban los mares a velocidad constante, como si no les afectaran la marea ni el oleaje. Sus imágenes se ondulaban levemente. Aunque Joseph nunca había visto un espejismo, estaba seguro de que debían de tener un aspecto parecido a aquel.

–¡Magia! –exclamó–. Tienen magos a bordo.

En Port Fayt estaba prohibido hacer magia sin un permiso oficial como el que tenía Hal, pero la Alianza no se regía por las mismas normas.

Hal se situó a su lado, agarró el catalejo de Tabitha y examinó los buques enemigos.

–Ah –suspiró finalmente–. Me temo que tienes razón: es un simple hechizo de propulsión, a mayor escala de lo habitual. Están amortiguando la marea de forma que no ofrezca resistencia al paso de las naves, y supongo que también habrá una cierta manipulación del viento para aumentar la presión contra las velas. Es bastante curioso; no había visto nada igual desde...

–Fascinante –le cortó Tabitha–. ¿Podemos hacer algo para contrarrestarlo?

–¿Sería posible ir más rápido, señor Clagg? –preguntó Joseph asomándose a la borda de popa.

–Capitán Clagg, hijo –corrigió el contrabandista con el ceño fruncido y los ojos fijos en el mar, sin dejar de mascar tabaco–. Y no, no podemos ir más rápido si no soplan mejores vientos.

–Gracias a Thalin que contratamos el barco más rápido del todo el océano Ébano, ¿eh? –comentó Paddy, propinándole una palmada en la espalda con su descomunal mano verde–. El más rápido... después de esas tres fragatas, me temo.

–¡Están haciendo trampas! Apestosa magia... Acaba con toda la diversión, eso es lo que opino.

–Hal –dijo Tabitha–, si ellos están acelerando gracias a la magia, ¿no puedes hacer lo mismo con *La Pesadilla del Marrajo*?

–Me halagas, pero es imposible. Un hechizo tan poderoso como ese requiere de un grupo de magos experimentados que concentren sus esfuerzos. No puedo hacer algo así yo solo.

Frank desenvainó su enorme sable e hizo un volatín.

–¡En ese caso, más vale que estemos preparados para pelear!



Capítulo 2

Ya no les hacía falta el catalejo para observar las fragatas: estaban tan cerca que Joseph distinguía las bocas de los cañones en las troneras y veía a los magos de pie en la proa, con las manos extendidas para alisar el agua que tenían delante. Los marineros se preparaban para abordar *La Pesadilla del Marrajo*. Eran auténticos lobos de mar, soldados aguerridos, hombres de la Alianza. Su campaña había comenzado en el Viejo Mundo, donde habían conquistado los ducados de las Llanuras en menos de un mes y derrotado a los trolls de las Montañas Chillonas en una semana. Mataban a cualquier criatura no humana sin pensárselo dos veces. Los llamaban carniceros porque, durante las batallas, sus uniformes blancos se teñían con la sangre de sus enemigos.

Joseph desenvainó el sable que llevaba al cinto y su peso le tranquilizó un poco. Frank y Paddy le habían enseñado a usarlo; intentó calmarse recordando sus enseñanzas,

pero sus consejos se mezclaban en un barullo de fintas y ataques. Trató de pensar en algo que no fueran aquellas tres fragatas y no lo consiguió, así que respiró hondo y aferró la empuñadura forrada de cuero.

Ya se leían los nombres de los buques enemigos, pintados en la proa. Los dos de los flancos, *La Redención Final* y el *Radiante*, se fueron apartando a babor y estribor del central, llamado *El Cruzado Blanco*. Pronto llegarían hasta *La Pesadilla del Marrajo*. Joseph no sabía mucho de batallas navales, pero le daba la impresión de que, con la cantidad de artillería que veía a bordo, las fragatas podían reducir a astillas la corbeta del contrabandista.

En el buque más cercano se produjo un estallido y Joseph se agachó instintivamente.

—¡Cuerpo a tierra! —rugió Frank, o tal vez fuera Paddy; en medio de la confusión, eran indistinguibles.

Se oyeron más detonaciones y varias balas de mosquete pasaron silbando sobre sus cabezas.

—¡Nos disparan! —gritó Tabitha como si no fuera evidente.

Se asomó un instante, lanzó un cuchillo al barco enemigo con un ágil giro de muñeca y volvió a agacharse. Joseph la miró: le brillaban los ojos y ya tenía otro cuchillo preparado en la mano. El muchacho se sorprendió ante su entusiasmo. Parecía tomarse aquello como un juego, en vez de como una batalla en la que podían acabar todos muertos.

—¡Venid! —gritó el otro troll, y Joseph, Tabitha y Hal corrieron agachados por la cubierta de popa y se lanzaron al puente.

Phineus Clagg, agachado junto al timón, lo miraba todo con el rostro demudado. Ya no mascaba tabaco.